

en una gasa fúnebre. Luz no brillaba más que en el portal de la casa, y, asomada á él, en actitud de raposa en acecho, mirando á una y otra esquina, y á veces velada por los jirones de humo que el viento des- hacía, estaba una figurilla obscura, agaza- pada.

—Es Enriqueta—dijo Tecla.

¿Qué hacía la china Enriqueta á tales horas, sentada en el umbral? Y de pronto la vieron levantarse, salir como una bala y venir corriendo, tan veloz, que parecía vo- lar y no correr, y antes un pajarraco noc- turno que humana figura. Les esperaba, acababa de divisarles y venía á darles la noticia, la gran noticia...

Ni misia Gorgonia, ni Tecla, ni Parme- nia, ni Hugo, tuvieron tiempo de pregun- tarle cosa alguna.

Porque, subrayado por visajes y sollo- zos, fingidos ó reales, dijo la china:

—Señora, no es nada... Es que el pa- trón se está muriendo... debe de haberse muerto ya.

VI

No se asusten ustedes. No se había muerto D. Paolo, ni pensaba en morirse siquiera. Lo que de tal modo espantó á la impresionable china, y trajo de ca- beza á la cocinera italiana, Marieta (por más señas, paisana y con sus lejos de pa- rriente de Francesco, el capataz), fué un violento revoltijo de bilis que, á poco de ir al teatro las señoras, acometió al patrón, con punzadas dolorosas, baseas, sudores y calambres, que era como si el hígado se lo redujeran á pura papilla y estuviese el hombre para dar la última boqueada. A tan grande tormento fisiológico, que el botiquín casero, en manos de las dos apu-

radas mujeres, no logró apaciguar, siguió una postración profunda, así que el médico (llamado por Francesco á toda prisa) le hubo propinado cierta inyección narcótica, y dormido ó aplomado por el sopor lo encontraron las damas y el *bambino*, cuando, con el susto de Enriqueta, subieron á la alcoba atropellándose y en volandas.

Contó Marieta, á su manera, lo que había pasado; recibió la china un par de soplamocos, para que aprendiera á no alarmar á las personas, y mientras se preparaba el té con pastas, marcharon las señoras á quitarse los perifollos, y quedó Hugo al lado del hermano, intranquilo todavía, pues el sueño de D. Paolo, como artificial, no ofrecía la quietud del descanso reparador. Balbuceos incoherentes agitaban el robusto cuerpo, largos suspiros, quejas ahogadas, que en el corazón del joven se clavaban como dardos; ¿eran reproches del *fratello*? Amenazas tal vez... ¡Dios mío! Pero, ¿tenía el *fratello* motivos para reprocharle, para amenazarle?

Misia Gorgonia, ya de bata y dispuesta cual la más diligente de las enfermeras, entraba y salía de puntillas. ¡Qué maternal cuidado el suyo! ¡Cómo arreglaba las ropas, amortiguaba la luz, estudiaba las recetas, ordenaba, atendía á los detalles todos! ¡Con qué talento sabía disponer la escena! A la frígida y poco disimulada Tecla, ¡con qué entereza recomendaba el estar pronta para correr á la cabecera así que el enfermo despertase, y hacía ensayar la sonrisa y la amorosa frase de salutación! ¡Ah! Sin ella, ¿qué sería de la casa? ¿Qué de las hijas? ¿Qué de aquella situación interina en que se vivía, y gracias á ella exclusivamente se perpetuaba, y en vez de debilitarse con el tiempo, cuanto más vieja, más sólida parecía?

No quiso pasar al comedor á tomar té, contentándose con masticar á secas un par de *Ultras* y cuatro *Teclas*, y obligó á Hugo á que fuera; ya avisaría ella cuando D. Paolo despertase. Además, para lo que ocurriera, ella sabía velar mejor que cualquier otro.

En el comedor encontró Hugo á Tecla sola. Parmenia se había acostado, porque con el berrinche tenía jaqueca. Y bajo la claridad de la rosada pantalla, que alegraba los bordados arabescos del mantelillo, el plateado del servicio y las pirámides de *Hugos* y *Teclas* en las bandejas de porcelana, Tecla, con fresco traje blanco de muselina, preparaba las tazas, escanciaba el moreno líquido humeante...

—Afortunadamente—dijo Hugo—parece que no es nada.

—No es nada—repitió Tecla,—exageraciones de la escandalosa Enriqueta, alarmas de Marieta y de Francesco, los ignorantes. Un simple cólico hepático, que estalla y pasa. Mañana Paolo bajará al escritorio como todos los días.

—¡Ojalá! He llevado un susto...

—Yo, no. Al principio, me sorprendió el noticia. Pero, pasada la sorpresa, comprendí que eran cosas de Enriqueta... Aquí tiene usted su taza, con dos terrones.

—Muchas gracias... Sus nervios son

más fuertes que los míos. Yo no puedo dominarlos.

—¿Quiere usted una *Tecla*?

—Con mucho gusto.

—Le agradan las *Teclas*?

—Mucho. Son riquísimas... Desde el primer día que las probé.

—A mí me gustan más los *Hugos*. Son los mejores de la fábrica. Su gustillo me los hace comparar al vermouth del pecado: primero, amargo, dulce después. A veces, dulce primero, después amargo... ¿Se venden?

—Una barbaridad. Hoy han salido mil doscientas cajas, y llueven los pedidos en el escritorio. Es colosal el éxito.

—¡Claro! Triunfan como *Hugos*... El nombre obliga, ¿verdad?

Pausa. El joven se sonroja. La dama lo mira, sonriendo. Ambas cucharillas tintinean dentro de las tazas, acompañando con su música el duo.

—¿Qué tiene usted en la cara, Hugo? ¿Es un arañó?

—No sé... Nada.

—Es un arañazo. De mujer ó de gata. Y como no va usted á pelearse con gatos, y la fama cuenta que andan mujeres en el ajo... ¿No se ha mirado usted al espejo?

—No. Tampoco siento nada.

—¡Vaya un arañazo! ¡Y con qué rabia está dado! Es una rúbrica de mujer celosa en toda regla.

—Aseguro á usted...

—¡Pero, si sangra todavía! No vale disimular. Dichosa mujer, ella, la de las uñas afiladas. Yo arañaría así también, si pudiera... Hablemos del arañazo, hablemos de esa mujer celosa... Quiero saber todas sus picardías... que son tantas, que deja á Marquitos en mantillas. Marquitos me lo ha dicho:—No te fíes de Hugo. Es un Tenorio que las mata á docenas...

—Tonterías de Marquitos. Exagera y miente como Enriqueta.

—No, en este caso, no. Lleva usted la firma de Charo en la cara.

—¿De quién?

—De Charo. Se llama Charo la de las uñas. Sé que se llama Charo, porque Marquitos me lo ha dicho. Y debe ser una mujer muy entera, terrible... A ver, ¿qué le ha hecho usted? confiésete conmigo: ¿qué le ha hecho? ¿irse con otra?

—Con nadie. No hacerla caso.

—Y ella, de ira... ¡Naturalmente! Yo haría lo mismo. Debe de ser espantoso eso de querer sin la recíproca. ¡Pobre Charo! Ya me es simpática esa mujer: me pongo yo en su lugar, me siento también desdeñada, y me entran ganas de arañar á alguien.

Otra pausa. El joven ensaya sonreír. La dama está muy seria.

—Sin embargo, creo que más digna de compasión es la mujer que no tiene á quien arañar. Araña quien quiere y á quien quiere. Cuando no se araña es porque no se tiene á quien querer. También se puede querer sin arañar; pero, no se puede arañar sin querer. Estas son variaciones del tema aquel filosófico: porque te quiero, te aporreo. En suma, que lo que yo pienso es que

no existe bobería mayor que la de estos *Hugos* y estas *Teclas* de panadería: dejarse comer de los demás por blandos, azucarados y sabrosos. Seamos *Teclas* y *Hugos* de carne, que mañana nos comerán los gusanos... ¡já, jal! ¿discurro bien ó no? ¿Entiende usted mis galimatías humorísticos? Usted sin duda prefiere el amor sin uñas, y cree que, como á los leones domesticados, hay que cortárselas... Pues, mire usted, yo también: no todas las leonas son *Charos*, ni para querer bien es preciso que lo sean. Ni todas las *Charos* arañan... Déjeme que le cure eso, *Huguito*; le pondré árnica.

—No, no, ¿para qué? Si no vale la pena.

El fulgor de los ojos calenturientos le infundía miedo. Y abrasada la boca por el líquido que sorbía aturdido, y las mejillas por el tema candente, repetía:

—¡No vale la pena!

—¡Ay! — exclamó *Tecla* — me parece, *Huguito*, que usted quiere á otra, y en tal caso, la señorita *Charo* ha hecho muy bien en arañarlo... ó quiere á *Charo*, y por eso

no quiere curarse el arañazo para conservar más tiempo su recuerdo.

—¿Sigue el juego de palabras ó los galimatías, que usted dice?

—Y que yo sola entiendo... Cuénteme cómo fué: ¿por qué lo arañó la *Charo*?

—En el teatro de Concepción...

Huyendo del terreno peligroso, se agarró *Hugo* á *Concepción* como á una tabla salvadora. Contó, exornó, exageró... A lo del doctor *Incógnito* dió interesante relieve y al solitario proporciones desmesuradas. Era así de grande y brillaba más que el sol, más que todos los soles juntos... De codos sobre la mesa, la hermosa cuñadita lo escuchaba, comentando:

—Me alegre; así no nos fastidiará más con sus sablazos y llevará una vida más decente. *Mamá* y *Parmenia* van á alegrarse cuando lo sepan... ¡Casa con abogado y solitario, todo en una pieza!

Y con suspirar quejoso, melancólico, en que se juntaban las tristezas de su vida, añadió.

—Siempre he dicho yo, que de todas nosotras, Concepción es la más feliz: es libre, quiere á quien quiere y hace lo que quiere. ¿Existe felicidad mayor que la libertad? La libertad bien entendida, bien practicada, bien gozada... Concepción es dueña de sí misma; entra y sale libremente; hoy no tiene pan, mañana tiene solitarios... Pero, el andar á salto de mata, ¿carece, acaso, de encantos? ¿Y eso de decir: hago lo que me da la gana? De mí no se hable... Ahí está Parmenia: ¿no es una triste esclava? ¿no se la quiere obligar á hacer lo que ella no quiere hacer? ¿es justo? Y ¿cómo voy yo á aconsejarla, á empujarla á que lo haga, á contribuir á sujetarla y forzarla más? No, no, aunque mamá se empeñe... ¡Desgraciada Parmenia! ¡feliz Concepción! De mí no se hable... ¡Hugo, las mujeres tenemos uñas y arañamos, porque es nuestra única defensa!

Misia Gorgonia pasó la nariz por la rendija de la puerta, y dijo bajito:

—Parece que se despierta; Tecla, ven.

Acudieron los dos, y hallaron que don Paolo dormía como un tronco. Eran ya las tantas de la madrugada, las tres ó las cuatro, y resolvieron que uno quedara de guardia y los demás se fueran á la cama; porfiando quién había de quedarse en vela: Hugo alegaba sus deberes de hermano; misia Gorgonia, los suyos de experiencia, y Tecla (aunque débilmente, la exactitud ante todo), los de mayor peso é indiscutibles. Hasta Marieta y Francesco terciaron en la porfía. Venció, al fin, quien quiso misia Gorgonia que venciera, y en ancho sillón, junto al lecho de D. Paolo, se echó Tecla silenciosa.

Silenciosa quedó á poco también la casa, y silenciosa la alcoba, donde hasta el respirar de D. Paolo, sin duda por haberse normalizado é iniciado la mejoría, era ya tranquilo y se percibía apenas. La imaginación de Tecla tendió el galope desde luego por aquellos campos del ensueño, en los que tantos viajes llevaba hechos y de los que traía cada vez, como pegado á la carne, un perfume acre y perverso.

—No me entiende—pensaba;—no entiende mis galimatías, mis juegos de palabras, ni lo que le digo con los ojos. Es un niño bobo, al que hay que hablarle claro para que entienda... Precisamente por bobo me gusta. Tiene un tic más gracioso sobre la ceja, un nerviecito que se hincha y baja cuando se esfuerza en comprender y no sabe si la dificultad viene de la intención ó del idioma! ¡Con qué ganas le saltaría al cuello y pondría los labios sobre el nerviecito impresionable... ¿Estaría bien que yo lo hiciera? ¿Que le hablara claro, puesto que no me entiende ó finge no entenderme, atado por los escrúpulos? En otra, no, en mí, ¿quién lo duda? En otra situación, no; en la mía, sí. ¿Quién lo niega? ¿Por qué lo han traído aquí? ¿Por qué lo pusieron á mi lado? ¿Por qué obligarme, un día y todos los días, á apreciar, admirar, comparar... sobre todo comparar, ¡Dios mío!, juventud con vejez, cara con cara, humor con humor?... No, no; yo no me quejo de este hombre bueno, que á mi lado duerme

ahora... Es bonísimo, me da todo lo que necesito, todo lo que necesitamos, más de lo que necesitamos. Es el patrón, el amo, el que paga, fuente de vida para mi familia, río de abundancia y fecundidad... Pero yo lo quiero sólo por obligación, como he querido siempre, triste mujer de alquiler, que se presta y no se da, y por obligada y por agradecida me resigno. ¡Ay! Los de abajo, mis enemigos de la fábrica, los que lanzan al paso de la que ellos creen reina despótica y feliz miradas de encono y odio, no saben bien lo que este reinado cuesta. ¡Vacío más grande, anhelo mayor, jamás llenado, jamás alcanzado! Contentar al patrón, distraer al patrón; cuidado con lo que se dice, cuidado con lo que se hace; nada lo ata, la ley no le obliga á nada; si se aburre, si le conviene, si le entra la gana, el plante, el desahucio, el lanzamiento á la calle, á la miseria. Y lo comido por lo servido. Pues para que no suceda el espantoso cataclismo, distraigamos al patrón, bailemos delante de él al son de la pandereta,

aunque sea sobre espinas... Bueno, pues no me importa que suceda; cansada estoy de amar por obligación; yo no lo quiero; quiero al otro, al *bambino* rubio, al niño bobo que no entiende mis galimatías, el del nerviecito que se mueve sobre la ceja cuando no los entiende. Lo quiero desde el primer día que entró por mis puertas, después de tanto anunciarlo y ponderarlo; lo quiero porque sí, porque es hermoso y porque no está mal que yo lo quiera. Otra, sí; en otra situación, sí. Pero yo... No puede la gratitud pretender el sacrificio... Ahí estará durmiendo á pierna suelta, como niño bobo que es. ¿Pensará en mí? ¿Pensará en la Charo? No, no, en la Charo no... Cuántas veces le he sentido entrar tarde, de vuelta de esas aventuras á que le llevaba Marquitos, y que luego Marquitos me refería, y sintiéndole entrar tarde y figurándome de dónde volvía, me venía una desazón, un disgusto, una rabia contra Marquitos... ¡Eran celos, y yo no lo sabía! Celos de las otras, celos de la Charo... ¿Qué

había yo de saber lo que eran celos, si jamás quise á nadie?... Duerme el *bambino*, pero sueña conmigo, á pesar del arañazo de la otra. Conmigo. Se revuelve inquieto, suspira. La idea de que soy su cuñada, y de que con las cuñadas el amor es vedado, le punza la frente, que las ondas doradas del pelo sombrean. ¡Tonto! No soy tu cuñada; ya te lo diré yo si es necesario, y aunque lo fuera, para el amor no hay nada vedado. ¿No dicen que es enfermedad, que es contagio? ¿Qué culpa hemos de tener entonces tú y yo de abrasarnos en este mal delicioso incurable? Deja la carga de tus escrúpulos, y ven á mí, lindo babiaca; que si se hunde la casa, esta casa no es el mundo, y el mundo no puede hundirse...

Así enredados, con incoherencia de fiebre, estos pícaros pensamientos se sucedían, mezclaban y confundían en la cabeza de Tecla, mientras velaba el sueño de D. Paolo; ya enternecida, irritada, celosa, triste ó alegre, según el color de cada uno, agitándose en el sillón ó lánguidamente desma-

yada en él, tan lejos del sitio en que estaba y del deber que cumplía, que varias veces el enfermo se meneó en la cama y ella no se enteró, y si se enterara no se apea del clavileño tan fácilmente. Al fin se durmió y soñó cosas horribles: Que, como Sansón las columnas del templo, D. Paolo cogía con sus robustos brazos las paredes de la casa, después de sorprenderlos á Hugo y á ella, y ¡cataplún!, les echaba la casa encima, que por la facilidad de derrumbarse parecía de cartón, y ellos caían á un sótano muy hondo, y allí, en la obscuridad y entre las ratas, pasaban las largas noches sin comer, oyendo los quejidos de misia Gorgonia, de Parmenia, de Marquitos y de todos los habitantes de la fábrica. Por un agujero ó trampilla asomaba Enriqueta la cabeza, con la cotorra, y decía:—¡El patrón se ha muerto!

Bueno. Si había muerto el patrón, era más fácil salir del sótano. Y arrastrándose en el suelo húmedo, iba á coger á Hugo, y Hugo se le deshacía entre las manos, se

pulverizaba sólo con tocarlo, como hecho de pasta que era, bizcocho y no persona. Ella también era una galleta, que las ratas comían á bocados, golosamente; sentía las dentelladas de las alimañas y cómo á pedazos salía de aquel sótano tan negro y entraba en la más negra caverna de sus bocas. ¡Banquete espantoso! ¡Castigo horrendo!

¿Se ha dicho que la fábrica tenía reloj? Creo que no. Pues sí; tenía uno muy hermoso en el patio grande, frente á la entrada, con solemne campana de catedral, y en esta noche de tan malos sueños, cuando dió las cinco, vibrando en el silencio gravemente, despertó á Tecla y la hizo lanzar un grito... Alguien la cogía de una mano. ¿Era una rata? Era D. Paolo, despierto también, arrebuñado en las mantas de la cama y mirándola...

La luz de la mañana penetraba por el balcón. Se oía el chancleteo de Enriqueta en el corredor y el agudo chillar de la cotorra.

—¡Ya es de día!—exclamó Tecla des-
pabilándose.—¡He soñado unas cosas!...
¿Estás mejor?

—Mejor, sí—contestó el doliente don
Paolo, —pero, no bueno. El cuerpo lo
siento molido; la boca siempre amar-
ga...

—¡Qué susto más grande, Paolo!

—¿Por tu sueño?

—Por tu hígado. Te encontramos tan
mal, cuando volvimos del teatro...

—Muy mal, sí. Fué algo repentino, así
como el estallido de una bomba; la carga
que se dispara de tu desamor, de tu frial-
dad, del peso de tu madre, de tu hermana
y de tu pariente; las preocupaciones que el
mío me causa y el arrepentimiento de ha-
berlo traído; la familia de pega, la casa de
plomo, que me aplastan. Todo esto, Tecla,
más terrible que la dinamita, reventó ano-
che, y si no ha acabado con mi vida es
porque soy de hierro, y otras más gordas
he de aguantar.

—Siempre has de ser lo mismo, Paolo—

dijo Tecla ensayando un gesto de mimo
infantil.—Siempre quejoso y hosco. Aquí
nos desvivimos todos por agradarte. De mí
no se diga, que soy tu esclava. La pobre
mamá, ¿en qué te molesta? Parmenia y
Marquitos, ¿en qué te ofenden? Y en cuan-
to á tu hermano... ¡muchacho más serio,
más respetuoso! Si por un acaso desapare-
ciéramos todos de tu lado, ¡bien que nos
echarías de menos!

—Muy posible, sí; que así somos y así
es la pasta de contradicciones de que esta-
mos formados. Pero, si piensa tu familia
darme un disgusto dejándonos solos, *¡per
Dio!*, que me lo dé pronto.

—¡Ay! ¡Qué hombre! ¿Para oír esto me
he pasado yo la noche en vela? Si que te
lo daremos, yo la primera, monstruo de
ingratitude, y no tendrás quién te cuide ni
quién soporte á diario tus discursos bilio-
sos. Mira este papel; ¿conoces la escritura?
Pues, es de la pobre mamá, que no se acos-
tó sin apuntar las órdenes del médico... «A
las cinco, la cucharada.» «A las siete, la...»

Voy á zamparte la cucharada, á ver si te corto la bilis.

Tomó D. Paolo la pócima dócilmente, y tomara todas las que Tecla quisiera. Sentía el cuerpo tan destroncado, que no podría bajar al escritorio. Afortunadamente, Francesco sabía reemplazarlo. Si era capaz de idear fórmulas de pastelería, con éxito, sustituirle dos días en la dirección de la fábrica no era para él cosa del otro jueves. Y más también, dos meses, un año. Porque durante la borrasca que había sufrido, mientras se retorció cubierto de sudor, atenaceado por los dolores, una idea, como chispa de fuego, saltó en su mente: la idea de un viaje, de un viaje á Europa, de descanso, de distracción, los dos solitos. Pasearían, se divertirían, visitarían al tío Girolamo, allá en Monferrato... Su humor, su negro humor curaría, sin duda, y este alejamiento de la familia, este cambio de ambiente serían provechosos hasta para la familia misma, porque la distancia modifica los juicios, y probablemente los que él for-

maba de misia Gorgonia, por ejemplo, trocaríanse en otros tan distintos, que por injusto nadie había de tacharle. Hasta Concepción le parecería honrada, Marcos decente y paraíso la casa que de infierno motejaba ahora. Ella misma, fuera de la atmósfera perniciosa, cambiaría su frialdad, engañadora ó real, en cariñoso apego, y ¿quién sabe? ¿por qué no?, allá en Monferrato, otro el escenario, lejos los actores de la farsa que, hacía años, ante sus ojos representaban deplorablemente, pediría, nada de particular tendría que pidiese al tío Girolamo y á la ley la sanción del amor viejo que le unía á ella.

Iba Tecla á colocar la cuchara y el frasco sobre el velador, y frasco y cuchara se le cayeron de las manos. ¡Jesús! Aquello era el sueño de misia Gorgonia, el lazo definitivo que faltaba echar al dogal del señor Fiorelli, y que ella, por torpe é indiferente, no había echado todavía. Mientras la unión fuera libre, un día ú otro día podía romperse, por un pelo, por una nada...

En los tantos años de cohabitación ilegal, misia Gorgonia predicó el casorio, como la única salvación del arca en que su familia y la cotorra estaban guarecidas. Casado Fiorelli, amarrado por una firma y una bendición, que viniera después el diluvio, ¿qué? Que se aburriera, que se enfadara, que se marchara, que reventara, ¿qué? En todos los casos, en las peores contingencias, bien librados saldrían siempre.

—Atrápale—decía cada mañana y cada tarde á la hija, con elocuencia digna de su filosofía;—convéncele á fuerza de listeza, no á cara descubierta: amor bien fingido, palabritas veladas, lamentaciones oportunas, sembrando como al descuido. Alguna vez, un gemido fuerte: «¡Ay! ¡Si yo fuera una mujer casada!... no sucedería esto ó lo otro.» Con esto y apegártelo de tal modo que la costumbre sea cola fuerte y durable, habremos logrado lo que es cimiento único de nuestra situación. Sin casaca estaremos siempre en el aire, y á cada tropiezo se bamboleará la casa, y de máscara

andaremos todo el tiempo. Con casaca, mandaremos, dispondremos de la casa, de la fábrica y de él. Tecla, hay que casarlo, después de haberlo cazado, y no veas en este juego de letras una broma ingeniosa, sino la más grave, la más trascendental de las cuestiones. Ello importa tu felicidad y la nuestra, tu bienestar y el nuestro, fuertes, eternos, no pegados con saliva como ahora, cosidos con una hebra sin nudo.

¡Jesús! ¡Y era él quien se prestaba espontáneamente al remache del dogal, cordero que ofrece humilde el cuello á la cuchilla! A buena hora mangas verdes, y cuando Tecla no sentía la menor gana de remarcarlo, sino una grandísima de arrojarlo fuera, de desatarlo de cualquier manera, aun con el tajo clásico del macedonio. Se puso amarilla, y como algo había de decir, volviendo la espalda porque en su amarillez no leyera la poca gracia que en el tal proyectito encontraba, balbució:

—Un viaje, Paolo... un viaje, ¿es serio?
¡Vaya una ocurrencia!

—Qué, ¿no te agradaría...?—preguntó Fiorelli.

—Como agradarme, sí, Paolo... Pero, yo tengo mucho miedo al agua, me mareo... ¿Ves? Ya me parece que estoy embarcada, todo me da vueltas...

Si no se sienta, cae redonda. Pasó un rato en silencio, apretadas las manos sobre los ojos. Que no insistiera D. Paolo en aquel desatino, que no trasluciera á misia Gorgonia, porque ella se rebelaría, como Parmenia, alzaría el gallo, harta de ser víctima de la familia, de sacrificarse por darle de comer. Ya se veía embarcada, sí, lejos del otro, del rubio *bambino* de sus sueños... ¡Qué disparate! ¡Jamás, jamás!

—Ya va pasando—dijo sonriendo, al cabo de un rato,—la debilidad, el disgusto, la trasnochada...

—Acuéstate, Tecla, descansa... No hablemos más.

Gravemente, D. Paolo dió cara á la pared. De llevar la gorra puesta, la visera le habría caído hasta la nariz. Y se oyeron

los escobazos de Enriqueta en el corredor...

Cuando el reloj dió las seis, presentóse misia Gorgonia, mate en mano y mascando. ¿Qué tal? ¿Qué tal el enfermo? Tan valiente, ¿verdad? ¿Durmió? ¿Tomó la bebida? Ella no había pegado los ojos, lo que se llama pegar los ojos, inquieta, pensando cómo seguiría D. Paolo, si á las cinco se acordarían de darle la cucharada... en fin, preocupadísima, ¿cómo no?, con el estado del querido señor Fiorelli.

—Está mejor, mamá—susurró Tecla,—mejor y muy animado. Ahora parece que duerme.

—Acércate á él, que te vea cuando despierte—susurró, á su vez, misia Gorgonia.

Ordenó las sillas, los objetos del velador, las ropas de la cama, ó hizo que los ordenaba, en su manía de moverse y de no considerar nada bien puesto si ella no lo ponía en otro sitio y de manera distinta. Abría las puertas cerradas, cerraba las que estuvieran abiertas y todo lo trastornaba á su alrededor, «porque si ella no estuviera

allí para arreglarlo...» Y como el dolorido D. Paolo se sintiera del vapuleo de las cobijas, por lo que vino en cuenta que no dormía, levantó alegremente la voz.

—¡Ánimo, señor Fiorelli!, que de esta hecha no se nos muere usted. Y si quiere levantarse, se levanta, que la cama come mucho, y se va á tomar el sol, con un día que hace... Y así, cuando venga el médico lo despacharemos muy á gusto.

Hugo, afanoso, llegó en seguida, y á poco Parmenia y el mismo Marquitos, á quien un madrugón sentaba como un tiro. De todos rodeado, estrechado en un círculo de cariñoso interés innegable, el pesimista hubo de incorporarse, reconocido.

—No me he muerto todavía, ni pienso morirme, ¿eh? Conque, tranquilizarse y dejarme descansar.

Es decir:—Descuidad, ¡oh hambrones!, que por esta vez no se acaba la pitanza. Ya me hago cargo del mal rato que habéis pasado pensando que con la vida de esta bestia de carga se acababa; por eso no ha-

béis dormido, y me rodeáis solícitos, ansiosos: ¿Está mejor? ¿Está peor el señor Fiorelli? Porque de que el señor Fiorelli esté mejor ó peor, de su salud ó de su muerte depende vuestro bienestar, y así sois sinceros en el interés que me demostráis y que á mi alrededor os reúne. ¡Ya lo creo! Sinceras serían también vuestras lágrimas si estirara la pata, tan sinceras como las de un hijo que pierde á su padre; pero, no me lloraríais á mí, sino al bienestar perdido. ¡Oh hambrones! ¡Oh gentuza sin vergüenza, que mentís con la verdad y engañáis siendo sinceros; idos tranquilos, y libradme del disgusto de ver que mi salud os interesa tanto y mi vida es parte integrante, indispensable de vuestra vida, y que soy para vosotros el aire de vuestros pulmones y la luz de vuestras pupilas!

Se volvió de nuevo á la pared, y como si todo esto lo hubiera él expresado con palabras y oído ellos, fueron retirándose cada uno poco á poco, Tecla la primera, por la necesidad de aislarse, y en el silencio de la

meditación reponerse del sobresalto sufrido. Y á cada uno que se marchaba, adivinándolo D. Paolo, mentalmente lo despedía así:

—¡Gentuza, gentuza! Ojalá no volviérais, porque con vuestra solicitud me revolvéis más la bilis. Y esa que he visto la primera desfilas, la peor cómica de la casa, pues no sabe fingir, y á quien tan mal ha sentado mi amoroso plan de libertad, que mire bien lo que hace, no se canse el caballo y eche á todos en tierra... ¡Gentuza hambroña! ¡Ese día será para mí el más feliz, y abajo irá también la fábrica y entre sus escombros quedará yo, que es justo arrojar al foso al autor y su obra!

Cuando vino el médico, antes de mediodía, lo encontró muy bien, y así permitió que subieran á saludarlo y acompañarlo, en amable tertulia, los de la fábrica: con Francesco discutió de negocios y de nuevas combinaciones manducatorias; con Pelitos, sobre un cartel general que había ideado, compendio pintoresco de todos los

demás... El que no pudo subir fué Matías, el Vulcano de los hornos, por obligación de menear antes la pala que la lengua.

Pero, más que nadie lo entretuvo don Benigno Landín, con sus dos gramáticas, la castellana y la parda. Subió el gran filólogo, abrigado en su clásico gabán, y eso que el sol de Octubre calentaba ya como si abrasara Enero; empuñando el resobado ejemplar que en su diestra era cetro, batura y látigo, según la ocasión, el tema y el lugar, con disimulada contrariedad, como los compañeros, de que las circunstancias le obligaran á invadir el piso alto, al cual, rechazado por la antipatía, no había subido sino dos veces, creo, y de estas dos veces aún sobraba una. No encontró, afortunadamente, ninguna tecla de aquel órgano, como él decía con malicia, de armonioso desorden, que sonaba en los oídos de abajo con acordes destemplados y molestos; el patrón tomaba un sopicaldo que la china Enriqueta le servía, y embutido entre las mantas, parecía un oso malhumo-

rado, á quien aburre y encoleriza la domesticidad.

—Entre usted—gruñó D. Paolo,—y verá una fiera encadenada.

—No tan fiera como se la pinta—contestó D. Benigno.

¡Cómo se alegraba de su visita D. Paolo! Si se le antojaba un siglo las horas que faltaba del escritorio, y tanto se había aficionado á departir con su D. Benigno, que el rato de conversación diaria que gastaban era algo muy necesario, así como la lectura de su periódico italiano después del desayuno. Ya lo había recordado toda la mañana: Pero, ¿ese D. Benigno? ¿Qué hace D. Benigno? ¿Cómo no sube, armado de su escoba, á recoger vocablos que andan aquí rodando por los suelós, que es una bendición?

—Vengo, sí señor, pero he dejado mi escoba trás de la puerta; que á lo que vengo y lo que aquí me trae, inquieto y afectuoso, es el saber de la importante salud del Sr. Fiorelli.

—Tan buena, D. Benigno, tan buena. Ya puede la muerte darme de testaradas, que las da contra una roca. Si yo no le facilito la tarea, trabajo le mando á la pelona.

Escapó Enriqueta ante el visitante, y los dos pudieron pegar la hebra á sus anchas y á sus anchas sentarse el maestro en el sillón junto á la cama. Pues, sí: ya estaba mejor, y al día siguiente bajaría á su hora fija; ¡qué revolución la pasada, gran *Dío!*... Y como la imaginación en estos casos es paloma asustadiza en medio de una tormenta, y aletea de acá para allí sin rumbo, miren ustedes por dónde, en lo más recio de ella, vino á acordarse de Pedro Pablo, el guantero, Pedro Pablo, el aspirante platónico á la preciosa mano de Luisa, la hormiguita.

Rióse D. Benigno con la salida, y apuntó:

—Señor Fiorelli, es usted un hombre extraordinario: tropieza en la calle y descubre una galleta; le ataca un cólico, que

de miserere nos lo pintaron, y en vez de pensar en Dios, ó en el médico, ó en el remedio que ha de sanarle, ó en sus asuntos sin ordenar, se pone á pensar en Pedro Pablo, ¡en quien mi Luisa no piensa nunca!

—Rarezas, D. Benigno; ¿qué quiere usted?

Rarezas inexplicables. Como inexplicable aparecía la actitud de Luisa con Pedro Pablo. ¿Cuántos años de rondarla llevaba? Qué se yo, muchos. La honradez de aquel hombre, su buena posición como dependiente principal, el porvenir que le esperaba, ¿no le hacían excelente candidato á marido? Y si el encontrar un marido es el desiderátum de toda mujer, ¿por qué Luisita rechazaba á Pedro Pablo?

—De toda mujer, sí—contestó Landín muy serio,—pero Luisa no es mujer; quiero decir, no padece ninguna de las flaquezas femeninas y, por lo tanto, no necesita de hombre que la mantenga, ni aguantar á ninguno ni de ninguno ser esclava.

—O dueña, D. Benigno.

—Eso de dueña importa tiranía, y un alma libre como la de ella la repugna.

—El amor es muy hermoso, sin embargo, muy hermoso, y renunciar á él parece que se abdica de una facultad divina.

—Cuando no se siente, no cabe renuncia ni abdicación.

—Pero, D. Benigno, ¿qué retrato me hace usted de su hormiguita? Entonces no es la perfección andando, la feminista de cuño superior que yo creía; sin el poder de amar me resulta algo así como si la faltara un ojo ó una pierna, y hubiera de tenerla por coja ó por tuerta.

—Señor Fiorelli, se puede amar muchas cosas en el mundo: á Dios primero, al arte, á la ciencia, al trabajo... ¿Ha de ser todo amor material y grosero? Y, además, ¿quién nos dice á usted y á mí que Pedro Pablo no ha sabido interesar á Luisita, á pesar de sus buenas cualidades, y que, mañana ó pasado, otro llegará á interesarla?

Porfieron los dos buen rato, sin convenirse, y llevando, por supuesto, la peor par-

te D. Paolo, que no podía medirse en letras con el maestro burgalés, y no argumentaba sino con su dialéctica innata y no aprendida en los libros; pero, aunque pasaron á otros temas tan divertidos, estas dos ideas quedaron flotando en el espíritu de D. Paolo: mujer sin flaquezas, que no necesita de hombre que la mantenga; corazón que no siente el amor... Y pensaba en Tecla y en sí mismo.

Dos veces la vió atravesar el corredor á Tecla, apoyar la frente en los cristales de su puerta y saludarlo con la sonrisa fría que acostumbraba. La declaración de la mañana, aquella confesión de su debilidad vergonzosa, de su proyecto indigno, que, de conocerlo D. Benigno ó cualquiera otra persona honrada y sensata como D. Benigno, lo censuraría acremente (sin excluir al tío Girólamo, que seguramente, de llegar á él, lo pondría de vuelta y media); aquella confesión y aquel proyecto, resumen de una pasión casi senil, parto de la costumbre, adiós definitivo á toda regeneración,

¿quó habían conmovido su corazón de mármol? Sintió grande angustia D. Paolo, y fueran estos pensamientos ó el abuso de conversación y gasto nervioso, su cabeza cayó sobre las almohadas, sin dar la réplica á D. Benigno.

Precisamente entraba Tecla en aquel momento; se prolongaba tanto la entrevista, que venía á saber si deseaba tomar algo el enfermo; según la mamá, era la hora de la cucharada. Estaba muy pálida y traía el gesto de reina despótica, odiado de los de la fábrica y, en particular, del maestro.

—Señora...—pronunció D. Benigno levantándose y no encontrando otro tratamiento con que obsequiarla.

—Buenas tardes—dijo ella secamente.

Era el súbdito rebelde, el enemigo secreto, tal vez el jefe de la banda de abajo. Y se inclinó hacia D. Paolo. ¿Dormía? Tenía cerrados los ojos y extendido el brazo sobre la colcha; su mano velluda se destacaba como la garra de un león, mano po-

derosa que acababa de serle brindada y que ella, fatalmente, sacrificándolo todo, familia y bienestar, no podía aceptar; mano terrible y vengadora, capaz de zarandear, como en su sueño, las paredes de la casa y derrumbarla sobre ella.

Un temor indefinible se apoderó de Tecla, y respetuosamente, sin percatarse de D. Benigno, que la miraba burlón, se apartó de D. Paolo, mas no los ojos de aquella su mano vengadora.

VII

Noviembre es el mes de las flores en estos mis barrios americanos. En los pocos patios andaluces que el progreso nos va dejando, afanoso de perseguir la tradición y siempre en guerra con ella, cuelgan los jazmines su blanca cortina perfumada, toda la gama jazmínea, desde el sencillo *del país*, que es enredadera y abre en estrella, hasta el del *Cabo*, que es arbusto y lozanea en rosas; matizan sus colores los claveles, los heliotropos, los resedás, las *diamelas*, la *Santa Rita*, la *picardía*, las *flores del aire...* sonrisas de Dios que alegran la tierra,

Parmenia no fuera portefía, si no gus-